

## Del traductor de Gog

Giovanni Papini, cuya última y discutidísima obra ofrecemos hoy a los lectores de habla española, es suficientemente conocido por nuestro público culto para que creamos necesario escribir su semblanza literaria en el pórtico de este volumen. Consideramos, sin embargo, oportuno hacer algunas consideraciones sobre la obra que acabamos de traducir, en lo que se relaciona con la anterior producción del celebradísimo autor de la *Historia de Cristo*.

Giovanni Papini ha descrito una trayectoria mordiente, apasionante y tumultuosa en el mundo de las ideas y de los sentimientos. Hace años, al comenzar su vida literaria, escribió con orgullo, como síntesis de su pensamiento, la melancólica vida de un hombre que quiso convertirse en Dios; siguió todos los caminos del absurdo, sintió la necesidad de despojarse de toda preocupación tradicional y conseguir el ateísmo integral y perfecto.

Después de este libro ateo siguieron seis años de trabajo y de devastación; seis años debatiéndose entre el sentido de lo varonil y de la debilidad, entre la piedra y la miel, entre el genio y el ingenio, entre Dante y Petrarca; duelo sin condiciones, terrible, saturado del desprecio contra las cosas entronizadas, salpicando las ideas con sangre y con barro. Después de seis años, este mismo escritor, fulminante y envenenado, vencido en su lucha contra Dios y contra la Nada, de pronto, dominado por una fuerza superior a él, porque no nacía de la lógica ni de la estética, sino del sentimiento, concibió la obra apasionada, viva, llena de fé: la *Historia de Cristo*. Retorno a la claridad, expiación de la culpa, explosión de amor hacia Jesús al que había odiado con un odio que no era talvez más que un amor imperfecto, un amor inconsciente, un arrebató del alma que ardía luminosa, llena de rencor porque no había adivinado aún el secreto maravilloso que llevaba dentro y que le había conducido sin darse cuenta hasta el pie de la Montaña del Evangelio.

Y ahora, diez años después de la *Historia de Cristo*: la historia de Gog, personaje extraño y punzante, imagen del hombre primitivo y bestial, del hombre que no tiene en su corazón la más pequeña fibra de cristiano. Pero Gog, esta vez, no es Papini; es lo que está enfrente de él, lo que él abandonó para seguir a Cristo y que ve alzarse de nuevo ante su camino, no como una amenaza contra su íntima fe, sino como una amenaza contra toda la humanidad.

Papini no conoce el termino medio. Ha adoptado siempre una postura radical para combatir y para



Papini

### Las máscaras

=De Gog. EDITORIAL APOLO. Barcelona.=

Nagasaki, 3 de febrero.

Ayer compré tres máscaras japonesas antiguas, auténticas, maravillosas. En seguida las colgué en la pared de mi cuarto y no me sació de mirarlas. El hombre es más artista que la naturaleza. Nuestros rostros verdaderos parecen muertos y sin carácter ante estas creaciones obtenidas con un poco de madera y de laca.

Y al mirarlas pensaba: ¿Por qué el hombre cubre las partes de su cuerpo, incluso las manos (guantes) y deja desnuda la más importante, la cara? ¿Si ocultamos todos los miembros por pudor o vergüenza, por qué no esconder la cara, que es, indudablemente, la parte menos bella y perfecta?

Los antiguos y los primitivos, en muchas cosas más inteligentes que nosotros, adoptaron y adoptan las máscaras para los actos más graves y bellos de la vida.

Los primitivos romanos, como hoy los salvajes, se ponían las máscaras para atacar al enemigo en la guerra. Los hechiceros y los sacerdotes tenían máscaras de ceremonia para los encantamientos y los ritos. Los actores griegos y latinos no recitaban jamás sin máscara.

En el Japón se danzaba siempre con la máscara (las que he comprado son precisamente máscaras para el baile *Genjô-raku* y pertenecen a la época de Heian). En la Edad Media los miembros de las hermandades llevaban la cara cubierta con una capucha provista de dos agujeros para los ojos. Y recuerdo el Profeta Velado del Korazan, el Consejo de los Diez de Venecia, la Máscara de Hierro... Guerra, arte, religión, justicia: nada grande se hacía sin la máscara.

Hoy es la decadencia. No la adoptan más que los bufones del carnaval, los bandidos y los automovilistas

(Pasa a la página 356.)

crear; se ha dado a sí mismo y a los otros la ilusión de una audacia intelectual sin confines, punzando con su lengua de víbora todas las cosas de este mundo y del otro. Tiene el mismo orgullo exasperado en su pasado de descreído y ateo que en su presente de fe profunda. Pero escondidas bajo el aspecto de su virilidad salvaje se hallan las lágrimas sentimentales, rocío del paisaje árido del espíritu hecho de rocas firmes, de soles absurdos y de paradojas llenas de vigor.

Todo el espíritu de combate de Papini se concentra en Gog, personaje temible, caricatura del Anticristo. Bajo la piel de Gog se halla escondida el alma del diablo, el esqueleto del antropoide, el sentido cruel de lo primitivo que se ha sedimentado en el fondo de la civilización. Gog es el alcaloide de la mala esencia humana que aparece, en la ficción del artista, solitaria y vagando sin objeto al margen de la humanidad. La lectura de este libro causa de pronto desconcierto, parece que en él el viejo Papini resucita, vuelve a gritar, vuelve a separarse de Cristo; luego nos damos cuenta de que Gog no es Papini, como Raskolnikov no es Dostoiévski. Pero es indudablemente una obra cínica, una obra de dolor, en la que con sorpresa vemos que personajes no imaginados, vivientes y luminosos en la actual civilización: Einstein, Edison, Bernard Shaw, etc., mienten en sus coloquios fingidos, pero en sus mentiras palpitan y se estremecen violentas y desconsoladoras verdades.

¿Qué queda después de todo lo que ha pisoteado Gog? Queda sólo la naturaleza pura y serena, el hombre sencillo y humilde que come el pan del trabajo y bebe el agua de la fuente que mana tranquila en un rincón de un valle apartado de toda ciudad. La parábola de Gog es, en cierto modo y en este sentido, la parábola del mismo Papini. Es la tragedia del hombre interior que ha vivido constantemente oculto en el fondo de la caverna de su pensamiento orgulloso, hasta que se ha decidido a asomarse a la naturaleza y contemplar con ojos deslumbrados el sol.

Gog tiene el valor de decir mucho más de lo que en realidad dice y de sugerir situaciones mucho más hondas y más acercadas a la realidad que las paradojas que provoca. Por eso, bajo su aparente frialdad, vive en sus páginas una reconcentrada pasión y tiembla en ellas una emoción profunda.

El lector español encontrará en este libro dos capítulos de un particular interés por lo que a España se refiere, que por su valor intrínseco creemos oportuno señalar.